

LUXIÉRNAGA

ENERO - JUNIO 2026 NO.31



VOLUMEN
XXVI

1

Mayté Aricel López Castro

CÓMO TRANSITAR EL CIRCO

Licenciatura en Filosofía
Universidad Autónoma de Aguascalientes

CÓMO TRANSITAR EL CIRCO

1

Sobre la apariencia de neutralidad frente al feminismo

No necesitas vestir de morado o cambiar el logo de tu empresa cuando se acerca el 8M. Tampoco necesitas convertir la lucha en un espectáculo. Cambiar un color no transforma la realidad, y mostrar solidaridad durante un mes no equivale a sostener una causa que existe todos los días.

Sin embargo, todo parece formar parte de una puesta en escena donde la marcha feminista es el acto final. Y entonces, lo que importa no es lo que se denuncia, sino cómo se ve desde afuera. Si rompimos cosas, somos violentas. Si nos desnudamos, es porque «queremos llamar la atención». Si gritamos, somos exageradas. Si no gritamos lo suficiente, entonces no importa. En esta obra, nunca ganamos. Nos convierten en villanas, en exageradas, en misándricas. Porque quienes deciden qué se muestra y qué se oculta también definen la historia que se cuenta, mientras el resto observa y juzga.

¿Por qué no se les olvida lo que hacemos en las marchas, pero sí los nombres de las desaparecidas? Esa es la historia de terror que nos toca leer. Nos escandalizamos un momento y después pasamos la página. Seguimos leyéndola como si ya supiéramos el final. No es casualidad: lo visible escandaliza, lo estructural se diluye. Así, la conversación se desvía. Dejamos de hablar de violencia y empezamos a debatir sobre formas, permitiendo que el problema vuelva a esconderse.

Por eso, reducir la marcha a la pregunta «¿qué se gana con esto?» es no entender su propósito. Es caer en una falacia disyuntiva. Porque no se trata de «ganar» en los términos que esperan. No es una guerra entre mujeres y hombres. No es una competencia. Es una forma de insistir. De incomodar. De negarnos a que el problema desaparezca. No resolvemos todo en un día. No cambiamos el mundo en una sola marcha. Pero actuamos como si fuera posible, porque, como decía Angela Davis, ese es el punto: «actuar como

si pudiéramos cambiarlo todo, aun sabiendo que no lo podemos cambiar».

Entonces, a quien me preguntó que si encuerándonos lográbamos un cambio, debería contestarle que no. Pero no porque le esté dando la razón: si desnudarse no es, por sí mismo, una solución ni una garantía de cambio, sí es en cambio una forma poderosa de visibilizar los problemas. Es una forma de romper la indiferencia, de escribir un mensaje en nuestro cuerpo. Si nuestros cuerpos ya son observados desde lo sexual: reducidos a pechos, piernas o glúteos (como si no fuéramos personas completas, sino partes del cuerpo en exhibición), entonces que al menos esta vez se vea lo que tenemos que decir.

Sí, hay enojo. Pero de nada me sirve gritarle al aire. Hay que incomodar, interrumpir la normalidad. Porque mientras se minimiza lo que decimos o se pone en duda nuestra palabra, la violencia continúa. Y cuando esa incomodidad aparece, la respuesta casi siempre es la misma: reducirlo todo a cifras.

«¡Ve las estadísticas! Hay más homicidios que feminicidios, y, aun así, siguen haciendo un desmadre cuando las matan». Claro, las estadísticas. La vieja confiable. El consuelo de los crueles. Porque,

aunque el dato sea cierto, no responde al punto. El feminicidio se analiza como un tipo específico de violencia, no solo por cantidad. Las cifras no siempre se usan para entender la realidad, sino para hacerla más cómoda.

Les gusta la comodidad, por eso cambian el tema. Pero incluso las críticas al feminismo pueden formar parte de ese mismo desvío. En ese sentido, traer a Roxana Kreimer a la discusión no es casual: su video fue uno de los motivos que impulsaron este ensayo. En él, ella plantea que habría que abandonar el lenguaje de confrontación y buscar un equilibrio.

Pero aceptar que la historia no es una guerra constante entre hombres y mujeres, no invalida las violencias específicas que hoy se denuncian. Y aunque existan otras problemáticas urgentes (incluidas las que afectan a los hombres), traerlas a la conversación como respuesta automática no amplía el análisis: lo desplaza.

Si la igualdad es un equilibrio que se gana todos los días, entonces no puede exigirse en una conversación que constantemente se interrumpe, se minimiza o se desvía. Entender que el feminismo no es una lucha de sexos tampoco implica pensar a hombres y mujeres como bloques

homogéneos ni al feminismo como una sola voz. Porque cuando se reduce la complejidad a categorías rígidas, lo que se pierde no es solo matiz, sino la posibilidad de entender lo que realmente está en juego.

Entonces, a quien me dijo que ya no nos cree nada, debo decirle que no necesitamos que nos crea. Esto no se sostiene en la confianza que alguien esté dispuesto a conceder, sino en una realidad que existe independientemente de su aceptación. Nombrarla implica hacerlo incluso cuando incomoda o se pone en duda. Reducirlo a una cuestión de «creer o no creer» no cuestiona el problema: lo convierte en una opinión más, y, por lo tanto, en algo más fácil de ignorar.

La violencia no desaparece porque alguien decida no creer en ella. Tampoco va a desaparecer únicamente porque una persona cambie sus prácticas. Que un hombre deje de ejercer violencia no erradica, por sí solo, la estructura que la produce. Pensar que el problema se resuelve en lo individual no lo enfrenta: lo reduce. Por eso, cuando se plantea que la solución está únicamente en cambiar conductas personales, conviene preguntarse hasta qué punto eso sustituye la discusión sobre las condiciones que permiten que esa violencia persista.

Y si la respuesta es tan clara como se afirma, entonces debería poder sostenerse sin desplazar el problema ni simplificarlo. Como señala Sara Ahmed, son precisamente estos discursos simplificados sobre el feminismo los que terminan evidenciando su necesidad.

Entonces, a quien dice que no hay nada que le importe menos que «esas viejas», ¿debería responderle que cambie su conducta? No. Porque eso reduciría el problema a un acto individual, como si bastara con corregirlo para que deje de existir. Pero lo que se expresa ahí no es solo una opinión: es una forma de violencia que refleja algo más amplio.

Se le puede señalar. Sí. Nombrar lo que dijo, hacerlo responsable. Pero no basta con exigir un cambio individual, porque el problema no termina ahí. Si dejamos de pensar en el patriarcado como estructura y lo reducimos a conductas personales, lo simplificamos hasta volverlo manejable e inofensivo.

Por eso son necesarias las marchas. Porque no se trata solo de transformar prácticas individuales, sino de hacer visible aquello que las sostiene. Podemos hacer ambas cosas: cuestionar lo cotidiano y tomar el espacio público. Pero una no sustituye a la otra. Antes que

discutir, hay que entender. Porque el problema no es la falta de respuestas, sino la insistencia en formular mal la pregunta. Y mientras siga siendo posible ignorarlo, seguirá sin cambiar.